

Las sesiones a-temporales

Manuel Baldiz (A.M.E. del FPB-EPFCL)

Gijón, 23 de febrero de 2008

Abstract

Lacan opera una verdadera transformación del tiempo en la teoría y en la práctica del psicoanálisis, yendo más allá de las concepciones freudianas.

Una de las consecuencias prácticas de la teoría lacaniana del tiempo es el controvertido asunto de las sesiones de tiempo libre.

El autor hace algunas consideraciones alrededor de dicha cuestión y alerta del riesgo de confundir tiempo libre con sesión inevitablemente breve.

La estandarización de la sesión corta sería una paradoja absurda que degradaría la gran subversión introducida por Lacan al tratar de articular el estatuto de la prisa y la lógica del objeto “a” en la dirección de la cura analítica.

Lacan brings about a real transformation of the time in the theory and practice of the psychoanalysis, and he goes beyond the Freudian conceptions.

One of the practical consequences of the Lacanian theory of the time is the controversial issue of the free time sessions.

The author does some considerations about that question, and warns about the danger of confusing free time with inevitably brief session.

The standardization of the brief session would be an absurd paradox, that would debase the great subversion introduced by Lacan when he tries to articulate the rush statute and the object “a” logic in the direction of the analytical cure.

Lacan opère une vraie transformation du temps dans la théorie et dans la pratique de la psychanalyse, en allant au-delà des conceptions freudiennes.

Une des conséquences pratiques de la théorie lacanienne du temps est la controversée question des séances du temps libre.

L’auteur fait quelques considérations autour de cette question et alerte du risque de confondre temps libre avec séance inévitablement brève.

La standardisation de la séance courte serait un paradoxe absurde qui dégraderait la grande subversion introduite par Lacan en essayant d’articuler le statut de la hâte et la logique de l’objet “a” dans la direction du soin analytique.

Conocemos bien la tesis freudiana del inconsciente fuera del tiempo. Aparece ya en 1907 en una nota a pié de página de “Psicopatología de la vida cotidiana” que concluye diciendo: *“En el caso de las huellas mnémicas reprimidas, se puede comprobar que no han experimentado alteraciones durante los más largos lapsos. Lo inconsciente es totalmente atemporal”*. En dos textos posteriores (Lo inconsciente, de 1915, y la

conferencia 31 de las Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, de 1932) Freud insiste en el carácter atemporal de los procesos del sistema inconsciente. Para el padre del psicoanálisis, el tiempo es patrimonio de lo consciente y del Ich, mientras que lo inconsciente y el Es escapan a él. Desde esa perspectiva, el poder del análisis consiste en pasar los deseos desde el fuera-del-tiempo del inconsciente a la temporalidad consciente. Es, pues, un punto que se mantiene inflexible a lo largo de su obra, de algún modo impermeable también al paso del tiempo.

Sabemos también que con Lacan se opera una verdadera transformación en la concepción del tiempo, tanto desde un punto de vista clínico como teórico. Partiendo de la tesis freudiana ya mencionada, incorpora no obstante otra importante intuición de Freud, la de la retroacción o *Nachtraglichkeit*, y lleva ambas a sus extremas consecuencias elaborando un aporte propio y totalmente novedoso en su famoso texto “El tiempo lógico y el aserto de la certidumbre anticipada” con el famoso apólogo de los tres prisioneros y la triada constituida por el instante de ver (ó de la mirada), el tiempo de comprender, y el momento de concluir.

En nuestra jerga entre colegas es habitual apelar de un modo vago, y a veces un tanto superficial, al llamado “tiempo lógico”. En algunas de esas apelaciones lo único que se vislumbra es una suerte de tiempo subjetivo (propio de cada cual) o una especie de desdén hacia el tiempo cronológico. En el primer caso puede tratarse simplemente de una vuelta al redil de la psicología, y lo cierto es que para semejante viaje no hacían falta tantas y tan sofisticadas alforjas. En el segundo caso nos encontramos con una ingenua rebeldía frente a los dictados del reloj que no siempre se corresponde con la organización diaria y real de los oficineros del análisis, más esclavos del tiempo de lo que en verdad querríamos. La teorización lacaniana iba, sin lugar a dudas, muchísimo más lejos, implicando incluso cierta relectura del “cogito” a la luz de la dialéctica de la intersubjetividad.

No es aquí el lugar adecuado para resumir ese magnífico texto de 1945 pero sí que vale la pena destacar el modo en que Lacan vuelve a ese escrito casi 30 años después. Se trata de la cuarta clase del Seminario “Encore” (1973) cuando Lacan evoca explícitamente su escrito sobre el tiempo lógico y añade algo muy sugerente. Nos recuerda que destacaba allí “*el hecho de que algo así como una intersubjetividad pueda desembocar en una salida salvadora*”, pero va más allá de la relación entre sujetos y agrega que ya entonces podía leerse que “*la a minúscula tetiza la función de la prisa*” y

que lo que ahora puede afirmar claramente es que en la terna de los prisioneros *“cada uno interviene como ese objeto a que es bajo la mirada de los otros”*.

El sujeto, nos decía Lacan en los años cuarenta, realiza el momento de concluir, en una *“desubjetivación al grado más bajo”*, donde se aprehende como objeto ante los otros. Pero el mismo Lacan (que en realidad ya es bastante otro) nos dice en los años setenta eso tan curioso de que el objeto a *“tetiza”*, es decir pone en escritura y/o hace tesis de la función de la prisa que lleva al sujeto al acto. Y se impone, por tanto, cierta relectura o en todo caso cierto suplemento a la concepción intersubjetiva del tiempo lógico. De la intersubjetividad hemos pasado a la relación del objeto con el Otro. Ya no hay propiamente relación entre sujetos. Por ello Lacan propone en ese Seminario un cuasi-matema cuando dice que esos tres son en realidad *“dos más a”*: dos más el sujeto en el momento de aprehenderse como objeto para el Otro. Y depura todavía más el razonamiento cuando concluye afirmando que si nos ubicamos en el punto de vista del propio objeto a, el *“dos más a”* se reduce de hecho a un *“Uno más a”*.

Esos 2 ante los que me aprehendo como objeto tampoco son dos sujetos, se reducen entonces a la función del Uno más la función del a. No hay tres ni dos en calidad de sujetos, es el problema del Uno y el Otro irreductibles en su relación, relación que deja siempre un resto irracional y que toca el núcleo de toda cura.

Dos conclusiones (provisorias) sobre esa enriquecedora re-lectura lacaniana del tiempo lógico:

1-Parece legítimo sostener entonces que la clásica a-temporalidad del inconsciente freudiano puede reinterpretarse en Lacan a la luz del objeto a.

2-Igualmente puede intentar aplicarse esa lógica del *“Uno más a”* al interior de la cura misma, en especial para abordar los problemas inherentes a la función del empleo del tiempo en el dispositivo analítico, allí donde el analista ocupa de algún modo el lugar del objeto.

Veamos ahora algunas cuestiones problemáticas que aparecen cuando se transitan los diversos textos sobre el tiempo en el psicoanálisis que se han producido en el conjunto de la comunidad de los analistas lacanianos. Se extrae de algunos de ellos una especie de dualidad que haría referencia a dos posibles etapas en la enseñanza de Lacan acerca de la cuestión del tiempo, o dicho de manera redundante *“dos tiempos”* en Lacan respecto al tiempo.

De acuerdo a esa posible sistematización binaria tendríamos un primer Lacan que sería el de la sesión de duración variable y un segundo Lacan (supuestamente último, en lo concerniente a este asunto) que sería el de la sesión corta. En aquellos que se orientan directamente a través de la lectura de Jacques-Alain Miller dicha dualidad se escribe así: sesiones que funcionan como unidad semántica a partir de la lógica de la puntuación y otras que funcionan como unidades a-semánticas en base a la lógica del corte.

Entre algunos de nosotros (me refiero al Campo Lacaniano) se esgrime la hipótesis de que las sesiones cortas responden a una lógica que trata de dinamitar la vanidad de la palabra apuntando a su quebramiento y a sus aporías, pero a la vez se apostilla que una práctica analítica que se fundamentase esencialmente en la sesión breve necesitaría algo de lo que aún estamos bastante lejos: “una sagrada transferencia, del analizante con la verdad freudiana, del analista con el psicoanálisis” (Marc Strauss, Madrid, 2002). Y, más allá de la polémica sobre la duración de las sesiones, Colette Soler enfatiza que el tiempo del análisis no puede comprimirse, “pues el tiempo necesario para empujar a lo simbólico a sus reductos, tiempo lógico, es inseparable del que hace falta aún para admitir y soportar el resultado” (“El más de tiempo”, 2002).

El primer Lacan es aquel que revoluciona la praxis analítica con su gran innovación del tiempo libre de sesión. Vale la pena preguntarse: ¿libre de qué?. Ningún tiempo es verdaderamente libre, todo tiempo tiene sus leyes. Libre, en todo caso, de la dictadura obsesiva de la duración standard, y liberado por ello mismo del posible y frecuente manejo resistencial por parte del analizante. En esa concepción, el Lacan de la primacía de lo simbólico, utiliza (de una forma totalmente coherente con su teoría) el tiempo en la propia sesión como un instrumento privilegiado para obtener efectos de escansión, de interpretación y de retroacción significativa. Algunos pueden pensar que no vale la pena detenernos mucho en ello, dado que ya forma parte de nuestra doxa más conocida, pero otros tal vez opinarán que es en realidad una doxa ya caducada, una porción más de la historia del psicoanálisis, y eso es algo muy discutible, y merece ser replanteado.

El supuesto segundo tiempo de Lacan al respecto del tiempo en la cura no es tan fácil de ubicar como el primero (que era el Lacan de los “Escritos”), pero en este juego de las dualidades hace referencia al Lacan de la praxis clínica de las sesiones cortas, algunas casi inexistentes, fulgurantes, y con un énfasis que habría cambiado de lugar: ya no se trataría del corte con una finalidad básicamente epistémico, sino como una maniobra encaminada a inducir al sujeto a que abrevie sus decires, reduciendo la producción

imaginaria de sentido e implementando de un modo digno el concepto de “precipitación”, y todo ello con una doble intención radical, la de la separación del objeto y la de reconducir al sujeto hasta la opacidad de su goce. Es quizás un pasaje desde el analizante parlanchín al analizante lógico.

Sin duda es tentador articular esta segunda concepción a ese momento de relectura que hemos estado examinando hace unos momentos y que obligó a Lacan a incorporar más explícitamente la función del objeto “a” en la lógica temporal, subrayando así mismo el estatuto de la prisa.

Se nos aparecen, no obstante, algunos interrogantes:

-¿Existe realmente tanta oposición entre el primer modo de concebir el corte de sesión y el segundo?

-¿Hemos de privilegiar siempre las últimas elaboraciones de Lacan y olvidarnos de las primeras?

-Aun en el caso de que optáramos por enfatizar las supuestas especificidades de la segunda concepción, ¿justifica la misma siempre un necesario acortamiento de las sesiones?. ¿No deberíamos tal vez escuchar con algo más de respeto algunas de las críticas que se hacen (fundamentalmente desde otras orientaciones psicoanalíticas) a la práctica de las sesiones radicalmente breves?.

Respecto del primer interrogante (¿existe realmente tanta oposición entre los dos modos de concebir el manejo del tiempo en Lacan?) hay que ser prudentes y es útil reconocer que a veces tendemos a re-interpretar de un modo exagerado las prácticas que supuestamente ya pertenecen al pasado, aunque sea nuestro propio y reciente pasado, con la finalidad de remarcar más la diferencia con aquello que queremos presentar como un procedimiento novedoso. A fin de potenciar la idea de un manejo del tiempo en la cura más coherente con la puesta en escena del objeto a, podemos en ocasiones acabar ridiculizando ó desvalorizando un manejo del tiempo en las sesiones como herramienta eficaz en la puntuación y en la emergencia de significaciones ocultas para el analizante. ¿No sería mucho más lógico preservar esa primera y magnífica manera de concebir la interpretación que nos brindó Lacan, tratando de hacerla compatible con la segunda?. ¿No será que el hecho de que muchos hayan entendido y aceptado esa primera y subversiva utilización del tiempo (incluso fuera de los ámbitos estrictos de la enseñanza lacaniana), nos incomoda de algún modo, cuando más bien debería de satisfacernos?.

Ambos modos de jugar con el tiempo en la dirección de la cura pueden ser perfectamente compatibles, dado que corresponden en realidad a dos momentos diferentes en el desarrollo del análisis. Dos momentos que tampoco hemos de suponer imaginariamente como si se desplegasen uno detrás del otro formando una serie de dos etapas consecutivas, pero sí como un fondo estructural de la dirección de la cura con un tiempo más empeñado en explorar el ámbito del saber inconsciente y otro en el que se trata de enfrentar al sujeto a lo Real. El corte que funciona como una interpretación que permite al sujeto ser algo más clarividente respecto a las coordenadas simbólicas e imaginarias de su novela familiar y de sus condiciones de goce puede ir perfectamente de la mano de aquel otro corte (que a lo mejor no es más que el revés del mismo, o su resto) que pone en evidencia que no todo puede ser significantizado.

Respecto al segundo interrogante (¿hemos de privilegiar siempre las últimas elaboraciones de Lacan y olvidarnos de las primeras?) seamos coherentes: no siempre tenemos que privilegiar a ultranza el último Lacan. A Jacques-Alain Miller dicho procedimiento le reportó en una época una posición excepcional en tanto en cuanto se daba por sentado que era justamente él quien podía determinar mejor que nadie cual era la última concepción de Lacan respecto a cada punto de la teoría o de la clínica. Aunque durante un tiempo, muchos participamos en mayor o menor grado de esa tendencia un tanto ingenua de buscar apoyo en las últimas palabras lacanianas acerca de cada cuestión psicoanalítica, si lo pensamos bien es un contrasentido teórico dado que el mismo Lacan nos enseñó a menudo a cuestionar ese principio. Pensemos por ejemplo que en su lectura de Freud, Lacan dista mucho de regirse por un supuesto progreso cronológico en la obra del padre del psicoanálisis. Si bien es cierto que destaca algunas cuestiones del Freud más entrado en años (como por ejemplo la pulsión de muerte, allí donde justamente apenas ningún discípulo le pudo seguir) a la vez es evidente también que se desmarca de forma explícita de la perspectiva post-freudiana clásica que privilegia los desarrollos de la segunda tópica en detrimento de la primera. ¿Por qué no podemos operar entonces los lectores de Lacan con su obra de un modo semejante (aunque no idéntico) a cómo él nos enseñó a hacer con Freud, relativizando un poco el culto a “lo último de lo último” y a la supuesta progresión diacrónica de la teoría?.

Por otra parte, no es fácil encontrar en los últimos seminarios de Lacan muchas referencias explícitas a este polémico asunto de las sesiones cortas. Tal vez es un asunto que se deriva parcialmente de las contingencias propias de la praxis de Lacan como

analista y no solamente de su teoría. Algunos pueden fruncir el ceño ante esta trasnochada apelación a la diferencia entre teoría y práctica, pero hay que tener en cuenta que Lacan podía tener razones poderosas pero a la vez muy particulares (y difícilmente repetibles) que justificaran en parte su empleo cada vez más radical del acortamiento de las sesiones. No se puede ignorar el lugar tan especial que ocupaba Lacan en la comunidad analítica de su tiempo y el modo en que dicho lugar influía en las transferencias. Lacan nos pidió además de manera explícita (en “La Tercera”, en Roma) que no le imitásemos.

Un uso injustificado del acortamiento temporal y sistemático de las sesiones de análisis no beneficia para nada a la causa analítica. Hacer de la brevedad una especie de standard de la orientación lacaniana puede ser un error tan poco analítico como estandarizar las sesiones de 50 ó de 45 minutos. La paradójica estandarización de la sesión breve resultaría una contradicción aberrante.

Cada paciente es diferente y cada sesión irrepitable. Probablemente, como escribió Colette Soler en el Preludio número 3 de las Jornadas en Madrid sobre el tiempo, la cuestión no es tanto la duración de las sesiones sino *“lo que su suspensión hace surgir”*. Por tanto, es factible considerar dos funciones de la escansión que no necesariamente hemos de considerar antagónicas: una más vinculada a la interpretación y a la emergencia de algún sentido, y otra más vinculada al acto que permite al sujeto cierto grado de enfrentamiento al sin-sentido de lo pulsional. Recordemos que Lacan ya decía en su seminario XI que la interpretación no está abierta a todos los sentidos y que su efecto es el de aislar en el sujeto *“una médula de sinsentido”*.

Los riesgos inherentes a la primera (al quedarse solamente en ella o al abusar de la misma) son aquellos que desvirtúan la posición del analista transformándolo en un hermeneuta o en un psicólogo de las supuestas profundidades que utiliza el tiempo como una herramienta más para decantar posibles significados, jugando solamente en el registro del *“automaton”* de los significantes.

Los riesgos de la segunda son los que pueden desplazar la función del analista hasta un territorio del puro acto, tratando todo el tiempo de provocar efectos de *“tyché”*, al modo de una burda copia de un maestro zen o metamorfoseándolo en aquello que Pierre Bruno intentó cuestionar en los instantes iniciales de la gran crisis de la AMP cuando aludió al analista que actúa como una figura imaginaria del padre real.

La práctica cotidiana demuestra que en una cura pueden sucederse sesiones de un tipo y de otro, y que existe una profunda articulación entre ambas. Bajo el tiempo del saber reordenado por la lógica retroactiva del significante, habita el tiempo pulsional, “tempus” libidinal fuera de la lógica discursiva, propio del objeto .

Aprovechando un oportuno juego de palabras en castellano, podemos decir: “la sesión corta”, pero no en el sentido de una corta duración temporal de la misma sino en el sentido de que toda buena sesión analítica tiene efectos de corte para el sujeto, tanto si es para advertirle de alguna significación que hasta entonces se le escapaba, como si lo es para ayudarlo a desprenderse de un exceso de goce y a enfrentarlo con los límites del decir.

La sesión analítica “corta”, y ése es el modo específico de curar que tiene el análisis, aún y aceptando lo incurable de cada sujeto al final de la cura.

Bibliografía

S. Freud, “Psicopatología de la vida cotidiana” (1901), O.C. volumen VI, Amorrortu.

S. Freud, “Lo inconsciente” (1915), O.C. volumen XIV, Amorrortu.

S. Freud, “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1932-36), volumen XXII, Amorrortu.

J. Lacan, “El tiempo lógico y el aserto de la certidumbre anticipada: un nuevo sofisma” (1945), en “Escritos” tomo I, siglo XXI.

J. Lacan, “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” (1953), en “Escritos” tomo I, siglo XXI.

J. Lacan, Seminario 11, “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” (1964), Paidós.

J. Lacan, Seminario 20, “Aun” (1972-73), Paidós.

VVAA, “Le temps fait symptome”, Revista de la Cause Freudienne n.26, 1994.

VVAA, “El tiempo del psicoanálisis”, revista de la Internacional de Foros del Campo Lacaniano, Heteridad n.3, 2003.

VVAA, “La sesión corta”, revista de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis n.6, 2004.